



provocar las reacciones curativas del alma.

Era producto este sistema de los filosóficos de Descartes y Mallebranche; y cuando Leibnitz le objetó que el alma inmaterial no puede obrar sobre el cuerpo sino por medios mecánicos, Sthal esquivó la dificultad, suponiendo en el alma un no sé qué material. Nosotros podremos oponerle los efectos orgánicos que aparecen también en el reino vegetal y que no pueden ser ejecutados por un alma en el sentido común de esta palabra.

Por tanto, mientras los secuaces de Boheraave sostenían que la naturaleza viviente obedece á las leyes de la física, los fisiólogos abrazaban este *animismo*, desacreditando las explicaciones mecánicas y químicas, tanto más, cuanto que Sthal deducía de quiméricas premisas razonables prácticas. En Inglaterra, donde el mayor número seguía el empirismo de Sydenam, los médico-matemáticos advirtieron que no todo se explicaba por los cálculos de Newton aplicados á la organización humana; admitieron con gusto el nuevo sistema, porque con el animismo podían reducir todas las fuerzas fisiológicas y patológicas á un solo centro, como Newton lo había hecho con las físicas. De este modo surgía la lucha entre las viejas y las nuevas teorías, entre las psicológicas y las mecánicas y químicas, las unas materiales, las otras espiritualizando la medicina.

El primero que sometió la medicina á una fuerza más adecuada á su naturaleza fué Federico Hoffmann, de Halle, cuyo solilismo orgánico corresponde al sistema de Leibnitz, que eleva las fuerzas de la materia hasta equipararlas con las intelectuales. Claro y preciso, de amena y moderada erudición, agradó; pero el que lo examina detenidamente comprende que falta el fundamento á sus proposiciones. El cuerpo humano, según su teoría, ejerce sus movimientos por medio de fuerzas materiales, que obran con arreglo á número, peso y medida, y que son mecánicas y dependientes de fundamentos matemáticos. Algunos de estos movimientos tienen mayor actividad, merced al *alma senciente*, materia de singular sutileza y energía, éter difundido universalmente, que se separa de la sangre, especialmente en el cere-

bro, y que da origen á todos los movimientos y á la acción de los órganos animales. Atribuyendo todo al alma sensitiva refutaba á Sthal que lo atribuía á la racional, sin advertir que sus objeciones destruían su teoría: solamente que el alma de Sthal obra sobre la máquina humana con meditación, mientras que la suya ejerce su acción por medio de leyes inalterables. Aunque la filosofía de la época rechazaba todo lo que tenía el carácter de sobrenatural, se admitía en los cuerpos la existencia de un principio que no era ni materia ni alma, y al cual se dió el nombre de *fuerza vital*: existencia misteriosa, pero que hizo que se multiplicaran los experimentos respecto de su acción sobre los nervios, contentándose los médicos con estudiarla en sus efectos sensibles.

Jorge Bagliri, de Ragusa, exacto observador, adoptó el sistema del solidismo, dividiendo las enfermedades en tres clases: aquella en que los sólidos del cuerpo humano tienen vigor excesivo, aquella en que lo tienen escaso, y aquella en que hay exuberancia de vigor en los unos y debilidad en los otros; teorías inexactas, pero que dieron motivo á aquellas consideraciones elevadas, sin las cuales no se abarca el conjunto de una ciencia.

La existencia de una fuerza fundamental de las fibras obrando independientemente de los espíritus vitales, admitida ya por algunos como hipótesis, fué elevada á la categoría de sistema por Alberto Caller, de Berna (1708-1777), con el título de teoría de la *irritabilidad*, último golpe dado al mecanismo de Boheraave, Haller, á fuerza de experimentos, observó que en los órganos dotados de fibras musculares la irritabilidad obra incesantemente y excluye la acción de los nervios, cuya fuerza está sujeta á la voluntad. Negó que los nervios transmitiesen las sensaciones á la manera que la cuerda de un instrumento músico transmite los sonidos, fundándose en que siendo blandos, no podían oscilar, y aunque pudiesen, se opondrían á su acción los ganglios; pero en cambio admitió un fluido vital cuya existencia parecía probada por los experimentos de Hill, de Loevenhoeck y de Ledermuller. Así llamó la atención hácia el estudio de las fuerzas fun-



damentales del cuerpo animal, y entonces se hallaron frente á frente los tres sistemas: éstos negando la irritabilidad, aquéllos la sensibilidad, los otros no admitiendo distinción entre ambas, y algunos variando las partes en que se decía que residían. Sostuvieron la combatida sensibilidad de los tendones, Tissot de Lausana, el milanés Moscati y el clínico Borsieri, de Trento, que aplicó con más exactitud la irritabilidad de Haller á la teoría de la inflamación, destruyendo las antiguas hipótesis de la obstrucción, y exponiendo con modestia observaciones muy ingeniosas. Los halleristas alegaban principalmente en apoyo de su doctrina, que no se encontraban nervios en el corazón, siendo, sin embargo, éste el órgano más irritable; pero Antonio Scarpa los halló y demostró que no existía diferencia de estructura entre ellos y los de los músculos sujetos á la voluntad: no pudieron, pues, probar que el corazón tenía una irritabilidad independiente de sus nervios; y todo lo más que les fué dado sostener, fué, que éstos no tenían influjo sobre los movimientos de aquél.

Guillermo Cullen, de Edimburgo, habiendo reducido á sistema el estudio de los nervios, anunció que la fiebre y la inflamación procedían de alteraciones de la irritabilidad; y desde la Escocia y la Irlanda se difundió por Europa esta doctrina, que excluye las enfermedades humorales, reduciéndolas todas á las que afectan las partes sólidas y vivas. El toscano Vacca-Berlinghieri refutó en parte á Cullen, sosteniendo que los fluidos circulantes no pueden estar sujetos á corrupción sino fuera de sus vasos naturales, y que las alteraciones del cuerpo, saludables ó morbíficas, dimanaban de la *reacción* de los sólidos sobre los fluidos, suscitada por necesidad física: doctrinas todas que preparaban el camino al dinamismo puro y á la excitabilidad de los modernos.

Javier Bichat, de Toirette, que murió muy joven, dejó tres obras importantes: las «Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte; la Anatomía general aplicada á la fisiología y á la medicina y un tratado de anatomía descriptiva, que quedó incompleto.» Bichat distingue la vida en animal y vejetativa ó sea or-

gánica, y pretende establecer la fisiología sobre la teoría de las propiedades vitales, sosteniendo que entre los fenómenos vitales y los fisio-químicos hay no sólo semejanza, sino también oposición. Aunque esta doctrina no puede sostenerse, son preciosas sus observaciones sobre los moribundos, resultado del estudio que hizo acerca de los diversos modos de cesar las funciones de las dos vidas. En la anatomía general redujo á ciencia la estología humana.

Teófilo Bordeu estableció los fundamentos de la vitabilidad en el organismo, preparando el terreno á la escuela fisiológica, que después tomó en Francia gigantescas proporciones. En su opinión el cuerpo animal es un compuesto de órganos y partes que conspiran á un mismo fin; y así la vida es el conjunto de las vidas especiales de cada uno de los órganos, cuya armonía produce el estado normal, cuya desproporción da por resultado el estado morboso. Cerebro, corazón y estómago son los tres centros de la vida; por lo cual debe observar el patólogo las funciones de estos órganos y sus vicios y perturbaciones, con lo cual se anticipó á Broussais. Considera el pulso como infalible indicador de los accidentes más pequeños y hasta del estío y calidad del órgano enfermo, y del emuntorio que debe abrirse á la materia morbosa.

Pablo Barthez volvió á conducir la medicina hácia el principio vital, viendo por do quiera en el organismo fuerzas, ya sensitivas, ya tónicas, ya motrices, regidas por leyes especiales y diferentes. En su concepto, la acción del medicamento depende del movimiento que excita en el principio vital; el calor natural es un producto del mismo movimiento; la salud resulta del ejercicio regular de las fuerzas vitales, y la enfermedad de su paralización.

Entretanto, los descubrimientos daban origen á nuevos sistemas, y se intentó fundar en la química renovada la teoría de las enfermedades y de los medicamentos; pero si bien la química da mucha luz acerca de la acción de la naturaleza en los seres vivientes y en los cuerpos inorgánicos, era una exorbitancia querer explicar por su medio la vida. El miserable



filosofastro La Mettrie se valió de los progresos de esta ciencia para sostener el materialismo. Materialista fué también el ginebrino Tronchin, ensalzado por los Enciclopedistas y consultado por la gente principal, médico que se mofaba de los vapores, á la sazón de moda; que sostuvo la vacuna, favoreció la higiene popular y estaba más bien por la práctica que por las teorías. En el mismo sentido escribió Pedro Cabanis (1757-1808) su obra intitulada *Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre*, creyendo poder reunir á los filósofos que no atendían á lo físico, con los médicos, que descuidaban lo moral. Con un vaso de vino generoso, decía, infundireis valor al hombre más cobarde. Luego si la naturaleza fuese siempre una madre pródiga, podrían adquirir grande incremento nuestras facultades, y darnos los hábitos excelentes costumbres, modificadas por el sexo, la edad, el temperamento y el régimen dietético.

Descubierto el fluido eléctrico, aplicáronlo muchos á la fisiología, sustituyéndolo á los espíritus vitales. La medicina fundó en él grandes esperanzas, tanto que el veneciano Pivati llegó á persuadirse que podría obtener el efecto de los medicamentos sin introducirlos en el cuerpo, con sólo colocarlos en botellas de vidrio electrizadas. Otros aplicaron con más tino la electricidad á la curación de la parálisis; á pesar de la opinión de Haller, Giulio, Eandi, Vassalli y otros piemonteses, se valían mucho de la electricidad.

Pero no sólo en el vulgo sobrevivían las creencias en espectros y brujas, á pesar de que la mejor filosofía las había combatido, sino que también Wedal y Hoffmann creían en enfermedades ocasionadas por el demonio y en encantamientos, como los jansenistas en los convulsivos de San Medardo. El padre Gassner de Bludenz, en el Tirol Aleman, viéndose acometido de un dolor de cabeza, supuso que era obra diabólica, y se dedicó á leer todos los escritos de exorcismos, con lo cual aprendió el arte de exorcisar y lo ejerció en nombre de Jesucristo curando poseídos, *obsesos* y *circumsesos*. El obispo de Ratisbona lo nombró capellán de corte; pero en 1755 recibió de Viena la

orden de expulsarlo. Juan Schöpffe, de Leipzig engañaba por medio de efectos ópticos.

La ponderada filosofía no libraba, pues, de las ilusiones ni aun á los doctos y pensadores. Antonio Mesmer, natural de Meseburgo, habiéndose dedicado al estudio de las teorías neurológicas, sacó por resultado de su experiencia que los planetas influían sobre los nervios, y en Viena aplicó la piedra imán á la curación de las enfermedades. Pero un fraile llamado Hell, que las curaba del mismo modo, lo acusó de haberle robado su método, y entonces Mesmer declaró que no tenía necesidad de imán, y que le bastaba el magnetismo animal excitado por medio del tacto en cierto modo y forma particulares. Este nuevo método dió mucho que hablar; grandes sabios lo desaprobaron, grandes sabios lo sostuvieron; y entretanto Mesmer adormecía, desopilaba, devolvía la vista, curaba la oftalmía al profesor Bauer, de Viena, y la parálisis al director de la Academia de ciencias de Munich. Hombre de buena presencia, elocuente, inspirado, cautivó la imaginación de las gentes; pareció admirable el anunciado principio único de curación de todas las enfermedades, y se prodigaron grandes elogios á aquel amigo de la humanidad que prometía emanciparla de los médicos. Esto pasaba en Viena; pero cuando se le suscitaron contradicciones, Mesmer, disgustado, trató de dejar aquel país, y habiendo obtenido recomendación del ministro para el embajador austriaco en París, se estableció en esta capital. Mesmer cobró fama, como la cobra todo lo nuevo en París; los parisenses acudían en gran número á sus reuniones, donde se magnetizaba á cada uno en particular por los métodos acostumbrados, ó á una multitud asidos de las manos en «la cámara de la crisis,» alrededor de una tina de donde salían varas de hierro, por medio de las cuales llegaba el fluido magnético á los individuos.

El médico d'Eslon se hizo su apóstol variando los métodos; el marqués de Puységur, lo dió á conocer en Soissons, en Bayona, en Burdeos, y fué el primero que observó la excitación intelectual y la claridad de percepción. Los adeptos fundaron la «Sociedad de la armonía» para propagar el mesmerismo.



Las nuevas formas bajo las cuales ha renacido en nuestros días el magnetismo animal, nos obligan á abstenernos de vilipendiarlo; pero acaso actualmente y bajo su aspecto científico, le perjudica el haber servido entonces para ilusiones y charlatanerías. Mesmer halló muchos secuaces en Alemania, donde las enfermedades atribuidas al demonio eran en gran número, y muchos los taumaturgos y los energúmenos. El eruditísimo médico Selle, después de largos experimentos en el hospital de Berlín, sacó en consecuencia, que por medio de fricciones puede ocasionarse un sueño artificial, durante el cual algunos hablan aun de cosas que no se les ocurrirían despiertos, y tal vez perciben mejor algunas de las alteraciones de su propio cuerpo; pero que es poco verosímil que respondan sobre materias desconocidas, ni por consiguiente sobre las medicinas que les convienen.

Otros, en vez de encapricharse con los sistemas, se atenían á la observación y al método experimental, al cual dieron grande auxilio Zimmermann con su estilo halagüeño y claro, y su perpétua oposición á las hipótesis arbitrarias; Senebier, hombre de sólidas é ingeniosas reflexiones prácticas, y más todavía Wepfer, que en las «investigaciones sobre la cicuta acuática,» abrió el camino á la experiencia sobre los efectos de los medicamentos heróicos.

En Italia no hubo escuelas originales, sino mucho estudio y sensatez. Miguel Rosa de San Leo, en el «ensayo de observaciones químicas,» y más todavía en el relativo á los contagios, apela de las hipótesis de moda á la experiencia, aunque no sabe separarse de la investigación de las causas primeras de los fenómenos morbosos. En los experimentos sobre el zumbido de oído y pulsaciones de las venas, reconociendo en los humores una fuerza elástica, se anticipó á muchos modernos.

Beccari, que continuó la gloria de los ilustres médicos de Bolonia, escribió sobre los fósforos y disipó el prestigio milagroso de que se habían rodeado algunos casos de continua abstinencia. También se ilustró en Bolonia el profesor de obstetricia Galli, y en Roma el anatómico y litotomo Flajani. Antonio Cocchi de Mu-

gello, anticuario y bibliotecario, en un viaje que hizo á Londres, se enamoró de las opiniones extranjeras que con grande oposición proclamó en su patria. Expuso prolijamente los males del matrimonio y las doctrinas de Pitágoras sobre los alimentos; en los baños de Pisa encontraba remedios para todos los males, aun los más opuestos; y se tenía en tanto, que escribió más de cien tomos de su biografía, contando todas las frivolidades de su vida. Pasa sin embargo, por buen observador en medicina y cirugía.

La universidad de Módena citaba con orgullo los nombres de Scarpa, Spallanzani, Venturi, Spezzani. La escuela de Padua produjo excelentes maestros, gracias á Mazini y Michelotti, que sin embargo, se inclinaban á las doctrinas matemáticas. La práctica de llevar al discípulo junto al lecho del enfermo, la introdujo en Pádua Juan Bautista Montano, veronés, desde el año de 1543, y la siguieron Bottoni y Oddo, pero como consejo particular, hasta que en 1764 el gobierno de Venecia fundó en aquella universidad una cátedra de medicina experimental.

En los remedios dominaban la polifarmacia y los específicos. Hoffmann acreditó algunos como las aguas minerales, el hígado de azufre volátil y el licor anodino. Ponderó las excelencias del vino, de los medicamentos en que entra el hierro, del alcanfor y de la quina, desacreditada por muchos; recomendó la sangría hasta por medida de precaución; y á los purgantes drásticos prefería las sales neutras.

El gobierno francés, con generosidad digna de imitación, compraba los secretos para publicarlos en seguida. El famoso de Talbor ó Tabor, valió á éste 2.000 lises y una pensión vitalicia de 2.000 francos; y á Helvecio se le pagaron 2.000 lises por un remedio contra la disentería que después se vió que era la ipecacuana. Los franceses introdujeron el uso de este medicamento, los alemanes el árnica, los italianos la valeriana, y también la cicuta, la belladona, el beleño, el acónito, el agua de lauro cesaro, la digital, el palo medicinal que los habitantes de Surinam usaban para las debilidades de estómago, el líquen de Islandia y otros



remedios que en todos tiempos suelen tener fama para despues caer. Elopio, ya recomendado por los farmacéuticos del siglo XVII, se aplicó por consejo de Sydenham, Hoffman y Molton á todas las inflamaciones que se creian sostenidas por astenia. Como sucede con todo lo nuevo, sus partidarios lo creyeron bueno para todas las enfermedades: los más creian que obraba sobre los nervios con mayor eficacia que sobre los fluidos y como sedativo; Pero Brown sostenia lo contrario. Miguel Sarcone, tratando de las enfermedades de Nápoles, indicó su conveniencia en las asténicas y en las convulsivas sintomáticas. Mayores conquistas hizo la farmacopea en el reino mineral, merced á los progresos de la química, desterrándose el bol, los corales, el unicornio fósil, el benzoar, las madres perlas, los diamantes y las tierras silíceas y arcillosas, y substituyendo á todo esto los solubles, como la magnesia recomendada por Hoffmann, la cal y los álcalis contra el mal de piedra; el fósforo, los preparados de antimonio y sobre todo el tártaro emético, el kermes mineral, las flores de zinc, el azúcar de Saturno, diferentes preparados de mercurio, y el muriato de barita para las afecciones de las glándulas.

El francés Daran enseñó con charlatanería el uso de las mechas emplásticas para las estrecheces de la uretra, á las cuales se substituyeron despues las de goma elástica, inventadas en 1779 por Bernad. En la operacion de la piedra al pequeño aparato de Celso habia reemplazado el grande del cremonés Juan Romano y de Mariano Santo de Varleta, al cual despues substituyó el método lateral de fray Jacobo de Beaulieu, cerretano, mejorado por el holandés Raw. Habiéndose divulgado éste, que era antes un secreto, se simplificaron los instrumentos, y despues los perfeccionó el padre Cosme (Juan Baseillac) de Pouy-Astruc, inventor del litotomo. El padre Cosme no ponía precio á sus operaciones, y como por lo mismo le pagaban los ricos más generosamente, instituyó con sus dones un hospital especial para los afectados de mal de piedra. Tambien Nannoni, florentino, simplificó las curas quirúrgicas, las cuales cesaron de ser arte de charlatanes.

Más atencion se prestó á las enfermedades particulares; se distinguió la escarlatina del sarampion; se hicieron muchos experimentos sobre la miliar, difundida con carácter epidémico, como tambien sobre la angina epidémica (crup) que Juan Millar distinguió del asma espasmódico. Tambien se dirigió la atencion á la rafia, enfermedad que se atribuia al uso del trigo podrido; se estudiaron diligentemente la raquitis y el cretinismo, la debilidad crónica, el espasmo facial, y despues en 1770 la pelagra en el Milanesado, y el mal de la rosa, no muy desemejante á éste en los valles de Orvieto. Otros viajaron para examinar las enfermedades de climas lejanos, y entre ellas la terrible fiebre amarilla de América, todavia desconocida en Europa.

Entonces volvieron muchas enfermedades que los médicos, siguiendo á Sydenham, habian declarado epidémicas. La peste se manifestó de nuevo varias veces como en 1708 en Prusia y Alemania, en 1721 en Marsella, en 1737 en Ucrania, en Mesina en 1743, en Transilvania en 1755 y en 1771 en Rusia, desde donde amenazó á las provincias suecas. Poco á poco, sin embargo, se fué introduciendo mayor orden en los cordones sanitarios y en los lazaretos, si bien no faltaba quien asegurase que la peste era epidémica. La «influenza» se propagó en 1662 por Inglaterra, y en 1782 por gran parte de Europa.

Otros quisieron hacer servir para el diagnóstico la exquisita indagacion del pulso, subdividiendo infinitamente sus variedades, ó la auscultacion del tórax por medio de la percusion, segun lo propuso Leopoldo Aurenbrugger (1761), para descubrir las afecciones del pulmon: fenómenos actualmente sometidos á la nueva semeiotica de la estetoscopia.

Entonces se conoció más la importancia de la anatomía patológica, y tudio se escon circunspeccion ó imparcialidad. Portal en la *Anatomía médica*, á la descripcion de los órganos en el estado natural habia agregado la de sus alteraciones. Mucho más hizo Juan Bautista Morgagani de Forti, profesor en Pádua, el cual, aunque dijo que no hacia más que ilustrar y ordenar la desdichada compilacion de Bonnet que



en el *Sepulcretum* habia reunido las ajenas observaciones patológicas, añadió muchísimas de su parte y tomadas de Valsalva. Respetó tambien á sus predecesores sin idolatría y sin ocultar sus muchos errores, procedentes de haber atribuido al hombre las observaciones hechas sobre los animales; investigó el sitio y el origen de los males más recónditos, y aunque se censuren su prolijidad en las historias y la arbitraria disposicion de éstas, segun los síntomas predominantes, ninguno habia enlazado hasta entonces tan perfectamente la anatomía con la patología.

Y la anatomía progresó no poco. El holandés Camper, víctima de la revolucion de 1787, demostró que existia aire en las cavidades internas del esqueleto de las aves; notó las variedades naturales de la especie humana y los caracteres deducidos de la conformacion de los huesos de la cabeza y del ángulo facial; todo lo cual sirvió luego de norma á Blumenbach para su clasificacion de las variedades humanas. Tylor hizo preciosas observaciones sobre la estructura del ojo y sobre las cataratas; el escocés Hunter, sobre el útero en estado de gestacion; el turinés Bianchi, sobre el hígado, en competencia con Morggani; y Malacarne, de Saluzo, sobre el cerebro humano. Este mismo Malacarne fué uno de los primeros que reconocieron la importancia de la anatomía comparada, á cuya ciencia se aplicó tambien Jacobo Rezia en Pavía, que tuvo la gloria de ver erigida en su universidad la escuela práctica de cirugía por Antonio Scarpa, de Friul. Asociado éste en París con el famoso litótomo fray Cosme, y en Londres con los dos Hunter y con el rey de los cirujanos, Pott, observó las inyecciones de los vasos linfáticos que en aquellas ciudades se practicaban. Félix Fontana, que escribió sobre el veneno de las víboras, sugirió al gran duque Pedro Leopoldo la fundacion del museo fisico de Florencia, y fué tambien llamado á organizar el de Viena, cuyas figuras de cera son todavia objeto de admiracion para los inteligentes.

A fines del siglo pasado continuaban muchos las ya alteradísimas investigaciones fisiológicas de Haller, estudiando en la estructura

visible las funciones de los órganos: otros se valian de la anatomía para impugnar la teoría de la irritabilidad, siendo clásicos en este género los trabajos de Soemmering y de Monro sobre el cerebro y la médula espinal, y los de Vicq d'Arzy y de Scarpa sobre el oido y el olfato, en lo cual sobresalieron tambien Savart y Ganizza. Duverney, Rezia, Kruikshanh y Mascagni dedicaron sus investigaciones al sistema de los vasos linfáticos, ya descubiertos por Ase-lli, Rudbeck y Bartolino, probando que existen en todo el cuerpo y absorben el quilo y la linfa. El tratado de anatomía de Mascagni se publicó despues de la muerte del autor para uso de los aficionados á la escultura y á la pintura, así como el pródronomo de la grande anatomía, en donde las partes del cuerpo están grabadas con minuciosa exactitud y de tamaño natural.

El sistema de los humoristas habia caido en descrédito desde que los descubrimientos anatómicos y fisiológicos parecian restituir la accion vital á las partes sólidas, haciendo depender de ellas tanto la circulacion de la sangre como la secrecion de los humores. Entonces nació el sistema del escocés Brown, segun el cual, la salud consiste en cierta dosis arreglada de excitibilidad promovida por el estímulo de los agentes exteriores. Las enfermedades se reducian, pues, á dos clases únicamente: las producidas por la acumulacion del principio irritable (*esténicas*) y las producidas por agotamiento (*asténicas*): para estas últimas era el opio el remedio supremo. Lo combatió Hufetaud y lo adoptó, aunque no ciegamente, Pedro Frank, el cual, en su *Método de curar las enfermedades del hombre*, dió buenas descripciones y una excelente introduccion á la patología y á la terapéutica, observando con calma y circunspeccion.

A Frank se debe un curso de policia médica, enseñanza que entonces los gobiernos establecieron y á la cual pertenecen los socorros á los ahogados. El inglés Goodwyn observó que la muerte de éstos procedia de la falta de oxígeno, y despues Grocy perfeccionó el aparato para la insuflacion del aire vital. Se puso remedio tambien á los enterramientos precipitados, y se dispuso que los cementerios



estuviesen fuera de poblado y en lugar abierto. Venel, del canton de Verna, introdujo métodos de ortopedia, y el vergamasco Pasta invocó en las curaciones el auxilio de la filosofía en sus libros sobre el *Valor en las enfermedades* y el

*Galateo*, en que tiende á imbuir á los médicos en aquella austeridad de modales y circunspeccion de sentimientos que son indispensables para el que ha de acercarse á los dolores de la humanidad.

## CAPITULO XIII

Luis XVI

Durante las escandalosas desventuras del reinado de aquel Luis XV que parecia compendiar en su persona la innoble disolucion y el profundo egoismo del siglo, todos volvian la vista con cariño hácia el Delfin. Repetíanse con una benevolencia que rayaba en sátira algunos de sus rasgos y dichos; cantábase que habiéndose divertido un dia en bosquejar jardines y palacios magníficos, y oyendo los elogios que le prodigaban los cortesanos, exclamó: «Su verdadero mérito consiste en que no costarán un sueldo al pueblo, pues que jamás llegarán á construirse.» Al embajador de España le dijo en una ocasion: «Para que el príncipe pudiera gustar los placeres de la mesa, sería necesario que estuviese seguro de que en aquel dia ninguno de sus súbditos tendría que acostarse sin cenar.» Otra vez, queriendo su padre aumentarle la dotacion, cuentan que respondió: «Preferiria que eso se rebajase de las contribuciones.» Y habiendo salido á caza y deteniéndose ante un sembrado por no atravesarlo, al oír á los aldeanos que lo elogiaban por ello, se dice que exclamó: «Estos nos agradecen hasta el mal que no les hacemos.» Cuando nació su hijo, habiendo la ciudad de Paris destinado 600.000 francos para unos fuegos artificiales, propuso que en su lugar se gastasen en dotar seiscientas doncellas. Los asentistas y recaudadores generales, aumentaron con sus donativos aquella suma, y en un sólo dia se verificaron setecien-

tos setenta y seis matrimonios, además de los que dotaron otros príncipes y señores por seguir el ejemplo de la córte.

Era, pues, el Delfin un tipo de aquella filantropía que entonces se ostentaba, pero purificada por la religion, cosa que no sucedia respecto del mayor número de los filántropos; y así, de la conciliacion de los creyentes con los filósofos, parecia deber resultar una era de felicidad, de moral, de economía, de religion. Pero murió este príncipe (1765), á los treinta y seis años de su edad, dejando tres hijos, el mayor que heredó el título de Delfin, el conde de Provenza y el conde de Artois, que fueron despues Luis XVI, Luis XVIII y Cárlos X.

El primero habia sido educado en sentimientos de piedad que rayaban en timidez, y alejado desde un principio de los hombres y de los negocios segun el deseo de la de Barry. Tuvo estudios, pero no tales que diesen vigor á su alma: ocupábase en trabajos de albañilería y cerrajería; tradujo de Hume la vida de Cárlos I, y viendo que éste, por haberse puesto á la cabeza de los caballeros habia terminado su vida en un patíbulo, creyó que se debía amansar á los descontentos por medio de concesiones. Hablase efectuado entonces la obra maestra de Kaunitz, la alianza entre Francia y Austria, alianza repugnante á la nacion, que recordaba su eterna rivalidad con los austriacos, y las muchas veces que éstos habian aso-